

El ideal y la juventud

Élisée Reclus

1895

Si la palabra “Ideal” tiene realmente algún significado, significa mucho más que un vago anhelo de cosas mejores, una fatigosa búsqueda de la felicidad o un anhelo irregular y triste de un ambiente menos odioso que la sociedad de hoy; ah, sí, debemos darle al término un valor exacto, debemos resolver resueltamente e inteligentemente cuál es el final ostensible de nuestras incesantes aspiraciones. Investiguemos entonces ese Ideal.

Para algunos, no sería más que un retorno a las edades del pasado, a la infancia de la humanidad; consistiría en la negación de la ciencia, en una postración humilde como en el pasado frente a un atronador Sinaí, y bajo el ojo de un Moisés que obra milagros, el autoritario traductor de la voluntad divina. A esa concepción de completa renuncia y obediencia, los anarquistas oponen otra, orgullosamente consistente con la libertad individual más plena y también con la acción voluntaria de la sociedad, la acción espontánea que se hace posible mediante la supresión del privilegio y de la autoridad arbitraria, mediante la abolición de la propiedad privada, por respeto mutuo, y por la cooperación inteligente con las leyes naturales. Entre esos dos ideales no hay compromiso posible: el conservadurismo y el moderatismo, el liberalismo, el progresismo e incluso el socialismo son solo un recurso político, diseñado para retrasar el buen momento, detener con unas pocas migajas de la libertad las bocas de aquellos que demandan pan completo. Para liberarse de la agonía de la evolución, el hombre debe perderse en Dios o, como ser, erguido y libre, convertirse en su propio amo.

Solo tome en consideración la última alternativa, hacia la cual todos los jóvenes, en quienes las gloriosas posibilidades de la vida están latentes, dirigen consciente o inconscientemente su pensamiento y esfuerzo. Lamentablemente, la mayoría actúa y piensa para este fin de forma inconsciente. Deambulan de aquí para allá, sin ningún propósito fijo, escépticos y pesimistas en teoría, aunque afortunadamente su acción es frecuentemente inconsistente con su profesión. Sobre todo, es importante tanto para ellos como para nosotros mismos deshacernos del lenguaje de la desesperación. ¿En qué tipo de futuro podríamos contar si fuera cierto que, a pesar de toda apariencia de lo contrario, no había nada nuevo bajo el sol, y que todas las luchas humanas eran meros conflictos de fuerza bruta, en el cual, por supuesto, el débil debe invariablemente ser conducido contra la pared? ¿De qué serviría en ese caso soñar y hablar de mejores entornos sociales en los que habría alimentos para todos, libertad y justicia para todos? Nuestras palabras serían solo un sonido pasajero, y el hombre sabio, como dijo Eclesiastés hace más de dos mil años y como los poetas y los rimadores han repetido repetidas veces y con frecuencia, estarían contentos de comer, beber y divertirse. Tomar la vida tal como viene sería una verdadera filosofía, y si debería estar cargada de demasiados problemas o demasiadas penas, lo mejor sería ponerle fin. Se jugaría una pequeña bola de plomo, una pequeña gota de veneno y la pobre farsa de la existencia.

Aunque el suicidio es incuestionablemente raro entre los jóvenes, el modo de pensar que lo justifica es demasiado común; y además, hay muchas maneras de entrar a la muerte sin el vulgar derramamiento de sangre. Quizás lo más conveniente es dejar de vivir en cualquier sentido real, abandonar el uso de la mente, llegar a la conclusión de que no hay nada más que conocer, de derivar como una paja en el diluvio, tomar nuestras opiniones listo y repetirlos como un loro, para mirar desdeñosamente todos los esfuerzos independientes y la especulación; y aunque un retorno a la superstición del viejo mundo sea imposible, porque no podemos resucitar el pasado, estos muertos en la vida pretenden ser todavía del rebaño de los fieles, hablan de los artículos del credo y practican las payasadas prescritas por los sacerdotes. Sin fuerza de carácter o fuerza de voluntad para descubrir la verdad, se vuelven hipócritas cobardes, y pronto alcanzan el fin que han buscado, la aniquilación en sí de todas las cualidades humanas nobles. Esa es la verdadera muerte; deje que la

cesación de la respiración sea rápida o lenta, solo hace que se coloque en un ataúd un objeto que hace mucho tiempo era un cadáver.

Pero como decidieron no ver, no escuchar, como pueden ser pesimistas y hombres de placer, los peores, los pesimistas, ven que un cambio se cierne sobre el futuro cercano: como pasajeros en un barco cruzando un mar tormentoso sienten el temblor de las maderas, la vibración de la embarcación sobre la que viajan, y, a pesar de sí mismos, están asombrados por la posibilidad de un desastre inminente. La mañana lanza su molesta sombra al día: la “cuestión social”, o para usar su propio lenguaje, “las cuestiones sociales” se destacan en el primer plano de su punto de vista, y saben que los obstáculos y retrasos, como quiera que sean causados, son todo en vano para evitar una solución rápida. La nueva era está a la vuelta de la esquina, y el gran problema exige que se resuelva y todas las demás preguntas quedan relegadas.

Entre los dichos, atribuidos al Cristo tradicional, hay uno que fanáticos pios y cómodos ruedan bajo su lengua con santo placer, y es este: “Tenéis al pobre siempre contigo”. Pero fuera de las profundidades ahora se escucha una voz que grita: “¿Por qué siempre?” Incluso últimamente algunos creían que la tierra no podía producir suficientes medios de existencia para aquellos que se aferraban a ella, y que para obtener una participación era necesario luchar con otros hombres en la necesidad similar, peleando como cerdos por la basura arrojada a sus abrevaderos. Esa sigue siendo la doctrina de algunos economistas políticos, y aquellos que la enseñan la exponen con la mayor unción después de una buena cena. Pero ahora incluso los pobres se han cerciorado de que el mundo produce lo suficiente y de sobra para el pan, y que si los hombres fueran libres e iguales, las necesidades de todos podrían ser satisfechas. ¿Crees que después de que esta simple verdad haya sido dominada por la mente humana, la contienda continuará? No, en verdad, la sociedad se reorganizará: de acuerdo con los hechos. Ya no escucharemos esa voz incesante, triste y lastimosa que llama desde las profundidades: “¡Pan! ¡Pan!” haciendo que todo el trabajo sea un dolor, y robando la vida de cada gozo.

Entonces llegamos al punto de inflexión de la historia. Todos los problemas sociales y revueltas de épocas pasadas han tenido, en mil fases diferentes, una causa fundamental: la falta de pan, y esa fuente continua de enemistad y odio está a punto de ser abolida. Ahora, por fin, el mundo girará en su propio eje, y los trabajadores del mundo tomarán sus asuntos en sus propias manos. Corto como puede ser el lapso de la vida humana en comparación con

la evolución gradual de la humanidad, hay algunos de nosotros que pueden estar presentes cuando llega el gran cambio, y todos nosotros podemos abrir nuestros ojos para saludar el amanecer de la humanidad. Y en esta crisis, de verdad, leemos acerca de los jóvenes, descuidados de lo que depare el futuro, que están cansados de aburrimiento y que pretenden dar la bienvenida a la muerte con el dicho de que “la vida no vale la pena vivirla”.

Sin embargo, parecería natural que los jóvenes de todo el mundo, con su impetuosidad característica, se apresuren a abrir las puertas a la nueva era, se pongan de puntillas para ver la llegada del futuro. Recordamos con qué entusiasmo los estudiantes alemanes se prepararon para la refriega cuando fue necesario derrocar la tiranía napoleónica, cuán espléndidamente los jóvenes de las universidades francesas tomaron parte del derecho contra el poder al final de la Restauración, y en los años inmediatamente precediendo a la Revolución de 1848. Los estudiantes de esa época eran mucho menos numerosos de lo que son hoy, pero desempeñaron un papel más destacado en la historia de su país. Se lanzaron a todas las luchas, románticas, republicanas y socialistas, de ese período fatídico, y negaron que ninguna clase en la nación fuera tan receptiva como ellos mismos a la nueva idea. Tampoco fue simplemente la licencia de los soñadores poéticos, la exuberancia de los espíritus animales o una exhibición teatral de desprecio por la burguesía. ¡Cuántos de ellos desafiaron el encarcelamiento e incluso la muerte por sus opiniones! ¡Cuántos de ellos, inspirados por el celo misionero, se convirtieron en los apóstoles de un altruismo revolucionario, arrojando fortuna, posición y ventaja monetaria! Cuando el santo simonismo y el fourierismo llevaron el pensamiento humano al punto de ebullición, fueron los estudiantes los que se alistaron valientemente en las filas de los rebeldes intelectuales, sin importar la calumnia, la persecución y el exilio.

Aunque los estudiantes de la Europa moderna suman más de cien mil hombres, su influencia en el mundo de las ideas es mucho menor que la de sus predecesores. Hoy en día es por cientos y no por miles que contamos a los jóvenes de las universidades que han puesto sus intereses personales en el altar del progreso social y que, bajo diversos estandartes, están liderando la entrada a la tierra prometida. Incluso se dice, y no podría aventurarme llamarlo injuria, que la mayoría de nuestros jóvenes académicos están contentos con las cosas tal como son, y que su gran ambición es adoctrinar a la sociedad con conservadurismo, y sorprender a sus amigos con lo que llamar a la “mo-

deración” de sus puntos de vista; a este respecto, afirman modestamente ser más sabios que sus padres, quienes no pueden negar haber compartido en sus días jóvenes el entusiasmo prevaleciente. Un fenómeno extraño es ver a hombres jóvenes que se jactan de sentirse cansados de la vida, como si la incapacidad de admirar, disfrutar y ser feliz fuera más un mérito que una desgracia.

Pero es bastante cierto que de esta manera mueren los ociosos ricos. Sin lugar a dudas, nuestra juventud universitaria moderna, aunque naturalmente orgullosa de haber pasado por el molino de muchos exámenes, no podría resistir sus extravagantes pretensiones de enseñar a los obreros mucho en la esfera del estudio y el pensamiento. No, su tarea es ser alumnos, no dar instrucciones. En los grandes movimientos populares, como el de la Comuna, los estudiantes estuvieron muy poco representados, mientras que los obreros suministraron abundantes tendones y cerebros. No era la pregunta meramente de trabajo y salarios; los intereses en juego eran los de toda la nación, de hecho, de toda la humanidad. En la hora actual, cuando una nueva dispensación está a punto de ser introducida, cuando los jóvenes caballeros de la reforma se preparan para su tarea, no es en las avenidas de las escuelas que las cuestiones más importantes en las mentes de los hombres se discuten más inteligentemente y con la más aguda visión. El graduado no es necesariamente el filósofo, ni una memoria bien almacenada invariablemente acompaña una comprensión iluminada. A menudo, el escudriñador seco como el polvo es pobre en sabiduría junto al hombre astuto del mundo que ha reunido aquí y allá los innumerables hechos a partir de los cuales desarrolla una gran cantidad de ideas generales. Su hombre científico puede encerrarse en su laboratorio como en una prisión, y malinterpretar el gran mundo; pero las personas siempre forman una teoría consistente del universo, ya sea verdadera o falsa. Pero hace poco tiempo, los profesores de la universidad despreciaron la evolución, pero en las calles y detrás del arado, entre obreros y campesinos, la nueva verdad encontró un hogar tranquilo y una bienvenida entusiasta.

Sería tonto hablar despectivamente de la ciencia. El descubrimiento de un ladrillo babilónico, o la observación de un estambre de flores rudimentario, bien puede alegrar nuestros corazones, cuando el científico relaciona el hecho aparentemente aislado con muchos otros y muestra el valor del descubrimiento. Todavía más en el ámbito de las ideas deberíamos valorar la enunciación de un pensamiento nuevo o la disposición de los datos mentales

en su debida importancia y relativa orientación. A este respecto, el estudiante, a menudo ha sido observado, cegado por el polvo de la biblioteca, apenas percibe que hay una “pregunta social” al aire libre, mientras que el trabajador, por otro lado, lo considera el objeto más importante de estudio, y se encuentra, por lo tanto, muy por delante de su estudioso hermano. Esta observación es válida en otras tierras además de las lenguas latinas, aunque en estas la evolución intelectual o revolución, si prefiere la palabra, pueden haber progresado más, mucho más que en las escuelas alemanas de Alemania o entre los jóvenes alumnos de las universidades americanas. Los socialistas están contados por millones al este de la cordillera de los Vosgos [en Francia], pero en la Patria, dos o tres miserables pueden agruparse lejos de los bebedores de cerveza, unos pocos entre miles. En Harvard, la famosa universidad estadounidense, que cuenta con 3200 estudiantes, los reformadores son más numerosos, pero pocos se han atrevido a emanciparse de la superstición cristiana; en un censo reciente, solo dos de ellos declararon que no pertenecían a ninguna de las muchas sectas cuyo nombre figuraba en el cronograma. Es en la Inglaterra aristocrática, tal vez, que la mente humana disfruta de la mayor libertad.

Bien, ¿cuáles son las causas de esta moderación conservadora entre los jóvenes, completamente fuera de contacto con el espíritu de la época? Incluso los profesores observan el fenómeno, pero tal es la esclavitud social de la vida universitaria moderna que el mal persiste con todas sus nefastas consecuencias. En general, se acepta que, desde su primer día en la escuela, la vida normal del niño es contraria a la naturaleza. ¿Qué se puede decir de una educación que organiza condiciones favorables para el desarrollo de la enfermedad de la columna vertebral, que a menudo daña permanentemente la visión, que controla los deseos naturales, que debilita o pervierte los instintos humanos? ¿No se opone a los grandes objetos de la educación tal como los entiende el sabio en todas las épocas: fuerza, gracia, belleza? Los indios americanos y los nativos de Australia, así como los griegos de la antigüedad, son unánimes en prescribir una vida fuera de la puerta como la mejor para los niños; mucho atletismo y ejercicio, calculado para desarrollar hombres fuertes, ágiles y sanos, elásticos con la vida y radiantes de energía. Entre nosotros, por desgracia, a menudo vemos que el joven que es nutrido de manera más cuidadosa y costosa resulta ser uno de los especímenes más deplorables de la humanidad muscular. Las estadísticas médicas nos permiten comprender

que más de la mitad de los jóvenes académicos de las academias superiores de Europa continental han arruinado sus constituciones por autoindulgencia, por una vida de cansancio y monotonía; dos de cada tres son jóvenes débiles; y entre aquellos que han perdido su salud, hay muchos que han lesionado gravemente sus facultades mentales y que, al azotarlos y estimularlos en sus primeros años de vida, se ven obligados a utilizarlos con moderación en la edad adulta. Es cierto que podemos citar numerosos ejemplos de hombres que han mantenido su constitución robusta, sus extremidades ágiles y fuertes, su razón brillante y útil; pero estos casos son la excepción, no la regla, deben considerarse como causa no del currículum ordinario de la educación, sino casi siempre a los privilegios de la adolescencia adinerada y bien condicionada. Los jóvenes favoritos de la fortuna se agrupan naturalmente en dos clases: voluptuosos que agotan y no se capacitan por el libertinaje y el pesimismo, y unas pocas almas hermosas que aprecian un gran ideal, y se esfuerzan por estar a la altura.

Si el entrenamiento de la familia y de la universidad educa al niño y al joven en detrimento de su naturaleza multifacética, al apartar de su visión los aspectos urbanos y rurales de la vida, excepto como se ve a través de agujeros, si se muere de hambre y lo empobrece físicamente, ¿qué significa eso para su persona? Por desgracia, hasta ahora, nuestras costumbres no nos han permitido respetar la individualidad del niño como la de un futuro igual, tal vez el de un superior en logros intelectuales y morales. Rara vez son los padres que ven en su hijo a un ser cuyas ideas y disposición tienen una inclinación propia, y rara vez se encuentran con el maestro que no trata de imbuir las mentes de sus alumnos con sus opiniones, su moralidad aceptada y quien no se esfuerza por facilitar su tarea al insistir en la obediencia estricta.

Luego siga los exámenes de los cuales depende la carrera futura, y cada alumno, recibe su libro de texto como convicto con su cadena. El libro es el mismo para todos, y para todos el programa de estudio es el mismo. De ahora en adelante, toda originalidad en la investigación mental está prohibida, y la carga del compromiso diario con la memoria ocupa el lugar del pensamiento libre y la investigación espontánea; del mismo modo que el sacerdote debe saber de memoria su breviario, y el molino del budista tibetano gira incesantemente, mezclando su shibboleth perpetuo *Oum mane padmi houn*. Al menos algunos de estos manuales están maravillosamente condensados y contienen un resumen extraordinario del conocimiento humano. Una emo-

ción de reverencia y asombro nos alcanza frente a estas estupendas obras, de las cuales cada línea es volumen, embalsamando el trabajo de una larga sucesión de sabios. ¡Qué riqueza no contada, qué alegría indescriptible realmente haber dominado el contenido de estas revistas preñadas! Bien podríamos considerar con envidia al bendito examinado que responde con confianza todas las preguntas basadas en el libro de texto. ¿Pero él realmente sabe todas estas cosas? ¿Ha aprendido las razones por qué de todos los hechos? Si eso fuera así, podríamos orar con benevolencia que él pudiera devolver, como lo hicieron los invitados de Vitellias, toda la comida que le resultaba superflua de esa comida indigerible. Permita que olvide lo antes posible su examen para conocerse a sí mismo y para encontrarse en el dominio del estudio libre, en la perspectiva de descubrimientos inesperados como resultado de una investigación independiente. Pero si él ha incursionado en todas las ciencias sin gustarle, es probable que produzca un inventario ambulante, sin entusiasmo, sin ambición, profesantemente capaz sin preparación para la tarea más difícil. Suponiendo nuevamente que sea cierto que los testimonios y certificados de los profesores no son implícitamente confiables, que el favor especial de los maestros se otorga a menudo a los alumnos a quienes un amigo común les ha dicho una buena palabra. “Acostúmbrense como hombres”, dicen los maestros, ¡en vista de la distribución de premios! Pero no tomes esa llamada a la energía demasiado en serio. Con qué frecuencia, por el contrario, se debe interpretar como, “Sé complaciente, aprende a arrastrarte”. Además, a menudo se ha encontrado que los hombres que son geniales por genio pueden caer muy bajo a través de la flexibilidad del carácter. ¿No es bien sabido que los científicos a veces son lentos para respaldar una nueva opinión porque es inaceptable en lugares altos: “Tienes razón”, dicen ellos, “y nos complacería hablar bien de ti en público, pero el Emperador no está dispuesto”.

Ciertamente, la forma de educación es espantosa para los jóvenes, con sus competencias, sus exámenes, sus libros de texto y todo el atiborramiento científico sustituido por la ciencia: pero eso es solo una pequeña parte del mal. Con mucho, la fase más alarmante debe buscarse en la organización económica de la sociedad. ¿Cuál es el propósito final hacia el cual todos, jóvenes y viejos, son arrastrados por la corriente de las circunstancias? ¿Cuál es el ideal vulgar y común de los que nacen en la cima de la inundación? El viejo Guizot lo dio a conocer hace mucho tiempo, con su cinismo habitual: ¡hazte rico! ¡Hazte rico! “Ahora, desde la propia constitución de la sociedad, los es-

tudiantes toman conciencia como un hecho preliminar de que acumularán dinero por medio de sus diplomas”. La ciencia significa dinero "bien pueden decir confidencialmente entre ellos, o incluso en voz alta cuando desafían la política de moderación. De sus filas se reclutan las clases dominantes, que son también las clases ricas. En la conversación de la familia se discuten sus perspectivas como hombres profesionales, pero sin eso están demasiado bien informados, con una matrícula inconfundible de juventud, en cuanto a la posición social y la fortuna que su trabajo les traerá. Más sabios que sus padres, que fueron neciamente contaminados por el republicanismo y el romance, pisan con los ojos abiertos y la mente autoconsciente los caminos tortuosos que conducen a una carrera brillante, a la fama y a la fortuna. Recientemente, el gran profesor Dubois-Reymond, en la recepción del emperador alemán a su regreso de la coronación en Versalles, ¡se esforzó por glorificar las universidades como el guardaespaldas de los Hohenzollerns! ¡Con el mismo espíritu, el ejército de estudiantes, sacerdotes y funcionarios podría presumir más sinceramente de que son el guardaespaldas de El Capital!

Incluso en el santuario interior de la ciencia podemos leer estas palabras que Lamartine – pronunció innoble, “Comprado y Vendido”. Sin duda, la formación de la sociedad, construida sobre la propiedad privada como sobre una piedra angular, nos obliga a hacer lo que hacen los demás, las condiciones inevitables de éxito en la vida, pero debemos comprender a fondo la vergüenza de nuestros procedimientos forzados, y determinar poner fin a la desgracia, cada uno de acuerdo con su capacidad, trabajando para la realización de un mundo nuevo donde los resultados del trabajo común pertenecerán a todos sin una negociación preliminar. Cuanto más alto es un acto en la esfera intelectual y moral, más difícil y molesto es pedirle un salario: una vez más es la desmoralización de lo excelente lo que se convierte en lo horrible. ¿Qué se debe pensar, del cirujano que posee la vida de un hombre al final de su bisturí y quién comienza la operación estirando su mano por un poco de oro? ¿El poeta que se deleita en una nueva imagen, o el sabio que un nuevo descubrimiento transporta con alegría, espera una lista de precios o estudia la tasa de salarios de la unión comercial antes de publicar sus versos o proclamar la nueva verdad? Ante semejante cálculo, muchos miles de millones estaríamos en deuda con Bacon y Descartes por la ayuda que han dado al mundo científico. La antigüedad nos ha otorgado una historia significativa, la de Arquímedes, quien mientras tomaba un baño y notando el grado de

inmersión de un flotador en madera y un corcho de aceite, de repente fue golpeado por un rayo por la idea de su ley el peso específico de los cuerpos. El descubrimiento fue hecho. ¿Pensó Arquímedes en el dinero que podría pedirle al tirano Hiero como recompensa de su genio? Saltó de la bañera, corrió por las calles de Siracusa y lloró a todos y cada uno, acuáticos, carreteros y peones: “Lo he encontrado, lo he encontrado”. El eco de ese grito de alegría se reduce a nuestros días. Los descubrimientos de la ciencia traen consigo felicidad tan exaltada que significa que toda consideración debe degradarlos. Saber nos impone la obligación de enseñar. El hombre profesional de hoy en día se da cuenta de que puede vender al menor postor su conocimiento de segunda mano: el verdadero estudiante, digno de su nombre, investiga que se pueda difundir ampliamente la verdad.

Además, ¿cómo podría un hombre semejante vivir a la altura de un ideal elevado si se le permite que su mente se vuelva insensible por la contemplación de intereses sobornables? La vieja fe religiosa que los supersticiosos aún nos predicán está desapareciendo detrás de nosotros como una niebla. Hace lo mejor que puede para reconciliarse con el espíritu de la época en la beatificación de los que antes ardía, llamándose amigo de la evolución, del republicanismo, incluso del socialismo. No responde más a los requisitos de la humanidad; la cadena de milagros y de dogmas que arrastra retrasan su avance, y su moralidad, que es sustancialmente la de la resignación, del pesimismo atemperado por esperanzas lejanas, no puede entrar en rivalidad con éticas puramente humanas, lo que inculca el uso y desarrollo de nuestras energías en toda su plenitud. Así que la religión —y uso esa palabra en su más noble sentido, es decir, el amor y el éxtasis por un ideal sublime— se aleja cada vez más de la región del misterio y de lo desconocido, para dedicarse a los seres del mundo conocido, es decir, sobre la humanidad. ¿Crees que podría agotarse allí en profundidad, en intensidad, en poder de devoción? El que se sacrifica a sí mismo, sin esperanza de recompensa, ¿es inferior a aquel que macera su cuerpo o se dedica a la caridad para ganar la salvación?

Los escritores antiguos nos han legado admirables tratados de ética y filosofía sobre la educación del ser humano, que puede encontrar sabiduría y, al mismo tiempo, felicidad al controlar sus pasiones, modelar su carácter, purificar sus pensamientos, reducir al mínimo sus necesidades. Tales palabras sobre este tema las de Lucrecio, Zenón, Epicteto, Séneca, incluso, Horacio, son palabras inmortales, que reverberarán de edad en edad, y que ayudarán

constantemente a elevar el ideal humano y a elevar el valor del individuo. Pero ya no es en estos tiempos una mejora puramente personal, como en los días del heroísmo estoico, es una empresa hoy en día de ganar, por educación y unión, para toda la sociedad lo que nuestros antepasados reclamaban anteriormente para el individuo solitario. Debemos estudiar a la humanidad en la constitución de su conciencia moral y ver que encuentra su camino hacia la felicidad ante ella metódica y con energía, es decir, que alcanza la plena realización de su libertad. ¿No es esta estupenda tarea lo suficientemente grande como para emplear toda nuestra actividad, todos nuestros afectos, todo el poder intelectual y moral de cada uno de nosotros?

Pero esta felicidad, ¿alguna vez podremos alcanzarla? Aquí es que el problema social nos confronta en toda su complejidad, porque para una mera comida feliz no es suficiente, también necesitan el libre desarrollo de su individualidad en condiciones de igualdad con otros hombres, sin restricciones y sin servidumbre. Tal es nuestro ideal anarquista, tal es también el ideal (estoy seguro de ello) que es apreciado de una manera más o menos consciente, por todas las personas benevolentes. Sin embargo, estamos sorprendidos de escuchar en ciertos círculos una opinión contraria. Algunos escritores incluso han sido conocidos por declarar que tal dicha no es algo que se desee. Para estos extraños idealistas, la guerra parece una bendición; se trata de despertar nuestra energía, nuestro coraje, restablecer el carácter que se ha avergonzado en los suaves abrazos de la paz. Odio mutuo entre las naciones, tal vez entre clases: tal es, si no su ética, al menos su esperanza.

Para aquellos de nosotros que hemos experimentado las abominaciones de la guerra, tal idea parece monstruoso; sin embargo, mediante un ingenioso ejercicio de la inteligencia podemos comprender el residuo del sentimiento moral que se encuentra en el fondo de esta paradoja. La guerra es una condición de la actividad, y como tal es mejor, o al menos es menos una calamidad, que un estado de inercia flácida; podemos recuperarnos de ella, mientras que la inacción absoluta conduce inevitablemente a la muerte. Sí, la actividad es indispensable; cada fuerza debe ser probada antes de ser aplicada a un trabajo definido, pero, ¿deberían estos ensayos entrar en peligro, o no deberían emprenderse a la luz de la ciencia y con los métodos más aprobados? En este sentido, las personas a las que llamamos salvajes, y aún más notoriamente, los griegos, las civilizaciones más altamente civilizadas, nos dan dirección. Los hombres jóvenes no fueron admitidos a la ciudadanía y no se conside-

raron aptos para tomar su lugar al frente de una familia, o para realizar las tareas prescritas por el estado, antes de haber dado pruebas indudables de su destreza, su fuerza, su coraje y sus poderes de resistencia. No estaban sujetos a la complicidad, eran perfectamente libres de evitar la prueba, sin embargo, ninguno tomó ese curso, lo que habría implicado su deshonor. El respeto por la opinión pública era demasiado intenso como para que alguien quisiera retirarse de los juicios que lo pondrían en la categoría de los hombres. Entre las tribus más primitivas, una vez más, los héroes voluntarios, tanto niños como niñas, se sometieron alegremente a los sufrimientos más terribles, a auténticos dolores de tortura; soportaron el hambre y la sed durante varios días, se entregaron a las abrasadoras picaduras de las hormigas, se azotaron sin piedad entre sí, sufrieron mutilaciones temerosas, sin un grito, sin un murmullo. Con características sin problemas, sí, con una cara sonriente, se presentaron ante sus jueces: habían dado el precio de su futuro.

No es de esta manera incivilizada en la que imaginamos que se aplicarán pruebas de valor, el futuro de los jóvenes en su admisión a la vida de hombres maduros, pero nos parece en armonía con la naturaleza humana que en el período de florecimiento de la adolescencia, fortaleza bien desarrollada y amor incalculable, los jóvenes pueden mostrar de manera brillante de qué material están hechos mediante actos de coraje, sacrificio y devoción. Si la opinión pública solo los alienta, ninguna acción parecerá demasiado difícil para su osadía. Apelemos solo a su naturaleza superior y todos responderán. Durante la guerra de los Estados Unidos, las jóvenes del Oberlin College dijeron a los jóvenes: “Ir, únense al ejército”, y los cien mil estudiantes fueron a la guerra, no quedó nadie. ¿Qué no podríamos lograr con estas fuentes prodigiosas de fuerza, sustentadas por el entusiasmo? Cuando los jóvenes ya no tendrán el sucio lucro para corromper en su propia fuente su ambición de moverse libremente hacia su ideal, sin el disgusto de tener que despreciarse a sí mismos y despreciar su trabajo, cuando el aplauso general los alentará a la devoción, ¿Cuál será la empresa audaz de la cual se reducirán? ¿Les pedimos que vayan al polo antártico? Ellos irán. ¿Explorar el mar en buques submarinos y trazar un mapa de las profundidades? Lo harán. ¿Para transformar el Sahara en un jardín? Eso será para ellos un trabajo de amor. ¿Para servir a su aprendizaje de viajes, exploración, encontrar estudio? El trabajo será absorbido por el placer. ¿Pasar los años entre la juventud y el matrimonio en la educación de los niños, en la cura de los enfermos? Tendremos

millones de maestros y enfermeras que ocuparán noblemente el lugar de los miles de soldados que ahora trabajan diligentemente para abrir sus brazos con el propósito de matarse unos a otros.

Tal es el ideal que proponemos a la juventud. Al señalarle un futuro de solidaridad y altruismo, les prometemos nuestra palabra de que en ese futuro todo rastro de pesimismo habrá desaparecido de sus mentes. “Dense a ustedes mismos”. Pero “para darse a sí mismos, deben pertenecer a ustedes mismos”.

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



Élisée Reclus
El ideal y la juventud
1895

Recuperado el 13 de agosto de 2018 desde
<https://pirateaydifunde.wordpress.com>

Título Original: *The Ideal and Youth* Publicado en *Liberty Press*, London,
1895. Traducido por Piratea y Difunde. Texto en inglés recuperado de
http://dwardmac.pitzer.edu/anarchist_archives

es.theanarchistlibrary.org